



CAPÍTULO III.

LA FILOSOFÍA.

§ I. — Consideraciones generales.

N.º 1.—Los filósofos y la Revolución.

Los filósofos son los precursores de la Revolución; ¿y en qué sentido lo son? Cuando los católicos dicen que la Revolución procede de la filosofía, es para maldecir á la madre y á la hija, á la libertad de pensamiento lo mismo que á la libertad civil y política. Los reaccionarios se unen á los católicos y acusan á los libres pensadores de haber engendrado todos los horrores del 93: identifican á Rousseau y Robespierre, á Danton y á Voltaire, y todo, hasta el *padre Duchesne*, hasta las orgías del 93 y del 94, todo lo refieren á los escritos irreligiosos de la escuela enciclopedista. Eso es tanto como transformar á los filósofos en fautores y cómplices de los crímenes que mancharon la Revolución. Nosotros también creemos que la Revolución procede de la filosofía. Pero rechazamos con todas nuestras fuerzas esa nueva alteración de la historia que representa á los libres pensadores del siglo XVIII como si fueran presidiarios. Sí, el pensamiento rige al mundo; pero el pensamiento libre jamás predica el crimen; mejor dicho, el crimen no se predica. Cuando en las revoluciones se cometen excesos, no son los filósofos los que los inspiran, es

una reacción de las malas pasiones del hombre contra otras malas pasiones. ¿Quién ha producido los canibales cuyos crímenes deshonrarían á la Revolución, si ésta debiese responder de la sangre inocente vertida en su nombre? No es la Revolución; aquéllos eran ya hombres formados cuando estalló la insurrección del 89; fué, pues, el antiguo régimen el que los produjo y los corrompió. Sí, la perversidad de corazón tuvo su parte en aquellos crímenes; pero ¿quién es responsable de ella? ¿No será más bien aquel bello régimen que tanto echan de menos nuestros clérigos en que mujeres públicas ostentaban sus galas desde el trono de los reyes cristianísimos? ¿Era una escuela de buenas costumbres el Parque de los ciervos? ¿Y qué hacía la Iglesia para moralizar las poblaciones? Cuando sus jefes se prostituían ante las prostitutas reales, y cuando empleaban en lujo y disipación el patrimonio de los pobres, ¿daban con ello lecciones de moral á su grey? La Iglesia y el trono se proclamaban á cada momento solidarios; sí, solidarios de la inmoralidad y de la hipocresía.

Pero aún hay otro crimen de que acusar á la

monarquía y á la Iglesia. Las clases inferiores se hallaban aún en el 89 en un estado de ignorancia y de superstición á propósito para toda clase de excesos, lo mismo para los de la demagogia parisiense que para los excesos católicos y realistas de la Vendée. ¿Á quién hay que culpar de ese embrutecimiento? ¿No pretende la Iglesia que ella sola tiene la misión de enseñar? Esa es una de las libertades que reclama con más insistencia. ¿Será por el interés que tenga en el desarrollo intelectual? Que responda por nosotros la historia. Durante diez y ocho siglos ha sido la Iglesia dueña absoluta *vel quasi* de la instrucción pública, y en ellos se aprovechó de la libertad que tenía de enseñar para no enseñar nada, y se limitó á alimentar á los pueblos con supersticiones. ¿Habrá que preguntar á la monarquía que es lo que hizo por la educación popular? Ni siquiera pensó en ella. Pues cuando las clases dominantes abandonan el deber que Dios les impone, la expiación es inevitable. La Revolución fué el día de la recompensa. ¿Que la lección sirva al siglo XIX! Una nueva revolución más radical y más subversiva que la del 89 y del 93, amenazó en 1848 trastornar la sociedad hasta en sus bases eternas. El movimiento ha sido reprimido. Pero las fechas del 89, del 93 y del 48 deberían recordar á cada momento á las clases superiores que Dios las da el poder y la riqueza para que se sirvan de ellas en interés del pueblo. ¡Ay de esas clases si lo olvidan!

¿Habrá que preguntar si los filósofos tuvieron alguna parte de responsabilidad en los excesos de la Revolución? Ellos la predijeron. Rousseau escribe en su *Emilio*, destinado á las clases superiores mucho más que al pueblo: "Nos acercamos al momento de la crisis y al siglo de las revoluciones," (1). Sabida es cuál fué la predicación de ese Juan Bautista del 89: quería devolver á la naturaleza una sociedad que no tenía de la civilización más que los vicios. Si su voz hubiese sido escuchada, se habría hecho la Revolución, pero sin que la mancháran los crímenes del 92. También Voltaire predijo la Revolución. En 1764 escribía: "Todo cuanto veo esparce semillas de una revolución que llegará infaliblemente y de la que no tendré el placer de ser testigo. Los Franceses llegan á todo tarde, pero al fin llegan. La luz se ha di-

fundido de tal modo de vecino á vecino, que estallará á la primera ocasión, y entonces será la gran zambra. Dichosos los jóvenes que podrán ver tan buenas cosas," (1). Voltaire no sospechaba lo que sería la Revolución cuando sentía no ser testigo de ella. La revolución que él esperaba y que deseaba vivamente, la que él preparó con todos sus esfuerzos, era una revolución intelectual, la emancipación de las inteligencias del yugo de la superstición. Escribía á d'Alembert: "El mundo se desasna furiosamente. Por todas partes se anuncia una gran revolución en los ánimos; no creerías los progresos que ha hecho la razón en una parte de la Alemania. Sin hablar de esos impíos que abrazan abiertamente el sistema de Espinosa, aún las buenas gentes que no tienen principios fijos sobre la naturaleza de las cosas, si no saben lo que es, saben perfectamente lo que no es; hé ahí mis verdaderos filósofos," (2). "¿No podríais decirme, escribe Voltaire en 1766, qué es lo que producirá en el espacio de treinta años esta revolución que se verifica en los ánimos desde Nápoles hasta Moscú? No hablo de las inteligencias de la Sorbona ó de las de la plazuela, hablo de los hombres de recto juicio," (3). Según se ve; no es una revolución en las calles la que Voltaire predice y desea, no es una revolución que lleve al poder las clases inferiores é incultas de la sociedad. Si hay algo que reprocharle, es su poca simpatía á los desheredados del mundo; tenía poca confianza en la *plebe*. Cuando habla de la revolución intelectual que se prepara, entiende por *honradas gentes* á las clases superiores; lo que le interesa, sobre todo, es el procurar que los reyes se hagan filósofos, sobre lo cual escribe á Helvetius: "¿No estais viendo que todo el Norte está á nuestro favor, y que tarde ó temprano los cobardes fanáticos del Mediodía habrán de ser confundidos? La emperatriz de Rusia, el rey de Polonia, el rey de Prusia, vencedores de la supersticiosa Austria, levantan así como otros príncipes la bandera de la tolerancia y de la filosofía. En el periodo de doce años se ha verificado en los ánimos una revolución bien notable," (4). S

(1) VOLTAIRE, *Carta de 2 de Abril de 1764 al marqués de Chauvelin* (Obras, t. LII, p. 323, edición Renouard).

(2) VOLTAIRE, *Carta á d'Alembert*, de 26 de Marzo de 1765 (Obras, t. LXII, p. 332).

(3) VOLTAIRE, *Carta á d'Alembert*, de 15 de Octubre de 1765 (Obras, t. LXII, p. 397).

(4) VOLTAIRE, *Carta de 26 de Junio de 1765 á Helvetius* (Obras, t. LIII, p. 131).

(1) ROUSSEAU, *Emilio*, lib. III.

Voltaire hubiese tenido medios para disponer de los acontecimientos á su antojo, hubiera creado un príncipe filósofo á la manera de Federico II, pero más consagrado que el héroe prusiano á los grandes intereses de la humanidad. ¡Singular revolucionario es el que espera la revolución de la iniciativa de un rey!

Hubo en las filas de la filosofía hombres más avanzados que Voltaire. Á medida que se aproximaba el 89, ganaba fuerza el espíritu revolucionario. La escuela del baron de Holbach predicaba abiertamente las doctrinas revolucionarias: "Los reyes están hechos para los pueblos y no los pueblos para los reyes. Una nación tiene el derecho de revocar, anular, de ampliar y de limitar todos los poderes que ella ha dado: cuando combate á un tirano combate á un furioso y se defiende de sus golpes; no es la nación la que se rebela, es el tirano... Un pueblo, no solamente puede resistir al tirano que le ultraja y que labra su ruina, sino que puede tratarle como enemigo si ha violado las leyes: ¿con qué derecho reclamaría la protección de éstas su mismo infractor?," Hé ahí palabras de cólera que anuncian la tempestad del 92; el baron alemán usa el mismo lenguaje que Robespierre en el proceso de Luis XVI, y responde de antemano á los cargos que pudieran hacérsele que los verdaderos culpables no son los que se sublevan, son los reyes, puesto que las sublevaciones de los pueblos son siempre efectos de la opresión y de la tiranía. "La injusticia del soberano rompe los lazos de la sociedad; su licencia invita á los pueblos á la licencia, sus atentados provocan atentados, u obligan á las naciones á castigarles y hacerse justicia por su mano. Locke nos dice que una larga serie de opresiones, de abusos, de injusticias y de prevaricaciones, llega á dar á conocer á todo ciudadano razonable el estado de su país, y cuando la nación llega á manifestarse, nunca se coloca del lado de los piratas y de los bandidos," (1).

No hay que tomar al pié de la letra esos arranques de cólera que se dirigían á los opresores más bien que á los oprimidos. Los filósofos hubieran querido convertir á los príncipes; siempre cifraban en ellos sus esperanzas. En una obra que pertenece á Holbach y á su escuela se lee lo siguiente: "Si un soberano renunciase de buen grado al

(1) D'HOLBACH, *el Sistema social*, parte segunda, c. v.

ejercicio de un despotismo que perjudica igualmente á la seguridad del amo que á la de los esclavos, ¿no conciliaría la mayor gloria posible con su mayor interés?," Hé aquí las singulares ilusiones en un revolucionario. Sin embargo, nuestro filósofo se complace en ellas: "Confíen, pues, los hombres en que el progreso de las luces, al abrir un día los ojos de sus soberanos, les hará distinguir el poder verdadero y la grandeza real de lo que no es más que aparente... ¡Con qué prontitud y con qué éxito llegaría á ser un monarca ilustrado el restaurador de su país, las delicias de su pueblo, el modelo de los soberanos, verdadero héroe y admiración de la posteridad! ¿Hay una política comparable á la de un príncipe que, trabajando sin descanso en su propia dicha, labrase diariamente la de todos sus súbditos?," (1).

Holbach, lo mismo que Voltaire, quería que la revolución se hiciera desde arriba. Los filósofos nunca son demócratas más que en teoría. Hombres de pensamiento, la violencia les horroriza, y comprenden instintivamente que, en medio de las convulsiones que acompañan una revolución, no puede ser escuchada la voz de la razón; y aunque no sea más que por ambición, prefieren los progresos que se hacen por medio de la inteligencia. Acabamos de oír al baron de Holbach profetizando, en apariencia, el suplicio de Luis XVI. En la misma obra en que dice que debe tratarse á los reyes como enemigos se lee lo siguiente: "¿Qué efectos verdaderamente útiles han producido, en gran número de países, tantas guerras civiles, tantas revoluciones, tantos reyes destronados, expulsados ó asesinados? ¿Ha cambiado por eso la suerte de los pueblos? ¿Han llegado á ser más libres y más dichosos? Esas sangrientas tragedias, tan frecuentemente repetidas en Asia, ¿han procurado algún alivio á los esclavos á quienes la ignorancia y la superstición parece que han sometido á un yugo eterno? Se necesitan luces, prudencia, virtud para reformar una administración viciosa; para conocer la verdadera libertad se necesita el auxilio de la razón, y para establecerla sobre fundamentos sólidos es necesario valor y prevision; la libertad que se adquiere

(1) *La Política natural ó Discurso sobre los verdaderos principios de gobierno*, por un antiguo magistrado (Londres, 1773), tomo II, p. 274-275.

por medio del desorden, de la ambición y de la licencia, no puede ser de larga duración," (1).

Los filósofos van á dejar el puesto á los hombres de acción. Pero ¡hecho singular! los revolucionarios del 89 se ven, á su pesar, impelidos á la violencia: la fuerza de los acontecimientos los arrastra. Un sabio apacible fué sacado de su cuarto de estudio para presidir á la Asamblea nacional en los días gloriosos del 89; Bailly inauguró la Revolución, sin embargo de ser todo ménos que revolucionario. En sus *Cartas sobre la Atlántida* escribe estas palabras: "No deseemos nunca la revolución; compadezcamos á nuestros padres por las que presenciaron. El bien, en la naturaleza física y moral, no desciende del cielo sobre nosotros, sino lentamente, poco á poco, y casi debería decir gota á gota. Todo lo que es súbito, instantáneo, todo lo que es revolución es una fuente de males. Los diluvios de aguas y fuegos y de hombres no se extienden sobre la tierra más que para arrasarla," (2).

Hay entre los hombres del 89 una figura demoníaca que parecía organizada por la naturaleza para las tempestades. Mirabeau demolió el antiguo régimen, pero también quería reconstruir, y hubiere preferido, como Bailly, una revolución pacífica. Entre sus papeles se encontró una *Memoria concerniente á una asociación íntima que debería establecerse dentro de la sociedad masónica, para atraerla á sus verdaderos principios y dirigirla más seguramente á conseguir la dicha de la humanidad*. Es un proyecto análogo á los que hemos encontrado en Lessing y Herder (3). Mirabeau conviene en que el despotismo es una de las grandes calamidades de la humanidad, y quiere que la *Sociedad de los hermanos* tenga por objeto el corregir el sistema actual de los gobiernos y de las legislaciones. Eso producirá una revolución universal; pero ¿cómo debe hacerse? ¿Debe ser súbita como el rayo? No, responde *Mirabeau*, semejante empresa sería contraria á los estatutos de la sociedad, y hasta sería peligrosa para la humanidad misma: "Los ambiciosos se aprovecharían de los momentos de perturbación para tender otra red, por lo regular más tupida, para imponer otro yugo, por lo regular más

duro, sobre la especie humana y para arrojar á un abismo de otro género á los que no habían querido más que remediar los males presentes." *Mirabeau* cita el ejemplo de Cromwell, del cual se había valido ya el baron de Holbach para rechazar la idea de una revolución violenta (1). En otra parte escribe: "Trabajemos por difundir los verdaderos principios, y la revolución deseada se realizará precisamente en la forma que podemos ambicionar, *lenta y suave, pero seguramente*," (2).

II.

Se ha preguntado muchas veces qué papel hubieran desempeñado en la Revolución los Voltaire, los Rousseau, los Diderot, los Mably y los d'Holbach. Dios les hizo el favor de retirarlos de este mundo antes de que estallara la tempestad. Los que preparan las revoluciones no son los que las hacen, y no las comprenderían si las presenciaran. Hubo un filósofo, y de los más exaltados, que tuvo la desgracia de sobrevivir al 89: Raynal había pedido con vivas instancias los estados generales, el retorno á la libertad primitiva y á la justicia natural (3). Pero cuando vió de cerca, no ya los excesos de la Revolución, sino sus primeros movimientos, los bellos días del 89 y del 90 algo turbados ya por las tempestades, el viejo retrocedió espantado y escribió entonces aquella famosa carta á la Asamblea constituyente que fué acogida con murmullos y risas (4). Oigamos nosotros al filósofo desorientado con más indulgencia: "Os confieso que estoy profundamente apenado á la vista de los crímenes que llenan de duelo este imperio. ¿Sería cierto que he de tener que recordar con horror que soy uno de aquellos que, participando de una indignación generosa contra el poder arbitrario, han dado acaso armas á la licencia? ¿La religión, las leyes, la autoridad real, el orden público reclaman de la filosofía y de la razón los vínculos que las unían á esta gran sociedad, á esta gran nación, como si, al perseguir los abusos y al recordar los derechos de los pueblos y los deberes de los prin-

(1) D'HOLBACH, baron, *el Sistema social ó Principios naturales de la moral y de la política*, parte segunda, c. III.

(2) BAILLY, *Letras sur l'Atlántida*, p. 22.

(3) Véase la parte duodécima de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

(1) MIRABEAU, *Memorias biográficas, literarias y políticas*, tomo II, p. 208 y siguientes.

(2) MIRABEAU, *Monarquía prusiana*, t. v, p. 102.

(3) RAYNAL, *Historia filosófica del establecimiento de los Europeos en la India*, t. II, p. 69.

(4) *Monitor* del 2 de Junio de 1791.

cipes, nuestros esfuerzos criminales hubiesen desatado aquellos vínculos?»,

La Asamblea nacional se componía, en su mayor parte, de libres pensadores discípulos de Rousseau y de Voltaire, y los discípulos dieron mano á la obra, lo demolieron todo, con el intento de reconstruir. Raynal los desaprobaba. «Nunca, decía, las atrevidas ideas de la filosofía fueron presentadas por nosotros como la medida vigorosa de los actos de la legislación. Vosotros no podeis atribuirnos sin error lo que sólo ha podido resultar de una falsa interpretación de nuestros principios. Y, sin embargo, próximo á bajar á la tumba y á separarme de esta inmensa familia cuya felicidad he deseado ardientemente, ¿qué es lo que veo á mi alrededor? Perturbaciones religiosas, discordias civiles, la consternación de los unos, la tiranía y la audacia de los otros; un gobierno esclavo de la tiranía popular, el santuario de las leyes rodeado de hombres frenéticos que quieren unas veces dictarlas y otras veces afrontarlas; soldados sin disciplina, jefes sin autoridad, ministros sin medios; un rey, el primero también de su pueblo, lleno de amargura, ultrajado, amenazado, despojado de toda autoridad, y el poder público encerrado en los clubs, donde hombres ignorantes y groseros se atreven á discutir y fallar sobre todas las cuestiones políticas.»

¿De dónde procede esa oposición entre el maestro y los discípulos? Los constituyentes quedaron sorprendidos y llenos de indignación al verse acusados por un escritor cuya violencia había sobrepasado á todo cuanto se decía en la tribuna de la Asamblea nacional. Y es que para los filósofos, y para Raynal especialmente, la filosofía no había sido más que una teoría; él mismo lo confiesa: «Yo he meditado durante mi vida sobre las ideas que acabais de aplicar á la regeneración del reino, yo las he meditado en un tiempo en el que, rechazadas por todas las instituciones sociales, por todos los intereses y por todas las preocupaciones, esas ideas ofrecían la seducción de un consolador deseo. Entónces ningún motivo me inclinaba á hacer su aplicación ni á calcular los efectos de los terribles inconvenientes anexos á las facciones, cuando se las da la fuerza que manda á los hombres y á las cosas y cuando la resistencia de éstas y de las pasiones de los hombres son elementos que es indispensable combinar.» De forma que cuando Raynal empleaba el

lenguaje del demagogo y cuando insultaba á los reyes, no sospechaba que llegaría un día en que la demagogía bajaría á la calle y en que el rey subiría al cadalso. En 1791, el abate demócrata se convirtió súbitamente á la monarquía y quiso dar una lección á los constituyentes: «Llamados á regenerar la Francia, debeis considerar, ante todo, qué es lo que podeis conservar del orden antiguo, y, además, qué es lo que no podeis abandonar. La Francia era una monarquía; su extensión, sus necesidades, sus costumbres, el espíritu nacional se oponen invenciblemente á que puedan ser admitidas las formas republicanas sin que se verifique una disolución total del imperio.»

¡Qué espectáculo tan triste el de un anciano que reniega la fe de toda su vida! ¡Dichosos los que se mueren á tiempo! Es cierto que los grandes pensadores del siglo XVIII hubieran retrocedido de espanto si hubiesen sido testigos de los excesos del 93. Dejemos, pues, de hacerlos responsables de crímenes que hubieran sido los primeros en maldecir. También es una injusticia, y aún más que eso es una calumnia, el imputarles la inmoralidad del siglo XVIII y de la Revolución. Si hubiéramos de creer á los escritores católicos, la filosofía de Voltaire y de Rousseau tendría su origen en la depravación del corazón. Bossuet, en la oración fúnebre de la princesa palatina, compara la *intemperancia del alma* á la *intemperancia de los sentidos*, y dice que aquella no es menos seductora que ésta, que, como ella, se forma placeres ocultos y se irrita con la prohibición, y después exclama: «Siglo verdaderamente sutil en el cual se quiere pecar con razón, en el cual tantas almas insensatas buscan su reposo en el naufragio de la fe y hacen esfuerzos sobre sí mismas para vencer, no sus pasiones, sino los remordimientos de su conciencia.» Ese texto sirve de base al acta de acusación que ha levantado contra la filosofía un historiador de la Revolución francesa (1). Pero de que haya hombres que busquen una excusa á sus extravíos en la negación de las verdades morales y religiosas, ¿se desprende acaso que todo el movimiento filosófico, lo mismo que la Revolución del último siglo, proceden de un miserable cálculo de la relajación que quiere aturdirse por medio de una falsa doctrina?

(1) NETTEMENT. Nueva historia de la Revolución de 1789, t. I, página 8.

Verdad es que la inmoralidad se ostentaba en el siglo XVIII con una franqueza impúdica que sorprende y escandaliza á nuestra hipocresía. Pero los que hacen constar el hecho nos indican la razón. Al hablar Condorcet de las sociedades de París á fines del reinado de Luis XIV, dice: «Las sociedades más brillantes aceptaban en sus placeres una libertad que llegaba hasta la licencia, por aversión á la *severidad* de Versalles, cuya *hipocresía* había sublevado á aquellos á quienes no había podido corromper.» (1). ¿Falta acaso á la verdad el biógrafo de Voltaire cuando habla de la *severidad hipócrita* que reinaba en la corte de Versalles bajo el reinado de madama de Maintenon? Oigamos á los historiadores contemporáneos, que nos dirán á quién hay que atribuir la corrupción.

Hay un hecho que merece ser reflexión. El siglo XVII está preconizado por los escritores reaccionarios como católico por excelencia, y le oponen con orgullo al desbordamiento filosófico del siglo XVIII. Pues fué en la severa disciplina de la Iglesia donde fueron educados los cortesanos que, á fines del reinado de Luis XIV, se echaron en brazos de la inmoralidad con una especie de ostentación. Esos discípulos no hacen un gran honor á su maestro. Pero ¿es cierto que no había en Versalles más que moralidad bajo la *severidad hipócrita* de la corte?

Luis XIV no fué nunca un filósofo, lo cual no le impidió en su juventud dar ejemplos de la inmoralidad más impudente. Mientras que la relajación de los príncipes es furtiva, se limita á ser la falta de un hombre, y el mismo culpable se avergüenza de ella, puesto que se oculta. Pero Luis XIV ostentó sus amores criminales ante la nación entera. Se le vió en el ejército acompañado de sus dos queridas, madama de la Valliere y madama de Montespan, y ambas á dos en el carruaje de la reina. Los pueblos corrían, dicen los historiadores, para ver á las *tres reinas* (2). ¡Qué influencia tan funesta no debía ofrecer esa ostentación de galantería! El vicio se ennoblecía con la majestad del trono, dice Lemontey (3). Pero hay algo más inmoral aún en la vejez devota del gran rey, cuando obligó á los príncipes de la sangre á casarse con sus hijas

adulterinas, y cuando, pisoteando el derecho y las costumbres, legitimó á sus hijos bastardos, fruto de un doble adulterio, y les dió los derechos de príncipes reales. Jamás se había ultrajado tan descaradamente la conciencia pública. Tal era la *severidad* de la corte. Y ¿quién es más culpable, un rey que da la sanción de las leyes á sus disipaciones, ó hombres frívolos que protestan contra la devoción hipócrita de un príncipe adúltero con la licencia de su lenguaje y de su conducta?

Después de esto, los escritores reaccionarios hacen mal en buscar las causas de la Revolución en los excesos de la filosofía. Que se condene la inmoralidad donde quiera que se la encuentre, aún cuando sea en los libres pensadores, nos parece muy bien. Pero que no se cierren los ojos de intento á la luz. ¿Quién ignora que la inmoralidad ha precedido á la filosofía? El regente no era filósofo, y Dubois era arzobispo y cardenal. La corrupción data del reinado de la Iglesia y de la monarquía, é inficionó á la filosofía, por lo ménos en el sentido de que los grandes escritores del siglo XVIII no tienen ese sentimiento exquisito de pureza que gustaría encontrar en los hombres de verdadero genio. Pero falta saber quién es el verdadero culpable. Un filósofo ha predicho los excesos de la Revolución en el siglo XVIII antes de que hubiese una literatura incrédula, desde el año 1704. Oigamos la voz grave de Leibnitz:

«En el ánimo de los hombres del gran mundo, que sirven de regla á los otros y de los que dependen del curso de los acontecimientos, se van insinuando poco á poco opiniones contrarias á la existencia de la Providencia y de la responsabilidad en la otra vida, opiniones que se deslizan en los libros á la moda y que van disponiendo las cosas para la revolución general de que está amenazada la Europa... Si esta enfermedad va creciendo, la Providencia corregirá á los hombres por la misma revolución que ha de surgir, porque, suceda lo que quiera, todo se convertirá siempre en favor del bien general, aún cuando esto no deba ni pueda suceder sin el castigo de aquellos mismos que han contribuido al bien por sus malas acciones.» (1).

El optimismo de Leibnitz descubre horizontes más extensos sobre el pasado y el porvenir que la

(1) CONDORCET. Vida de Voltaire.

(2) DUCLOS. Memorias secretas (en PETITOT, colección de Memorias, serie 2.ª, t. LXXVI, p. 182).

(3) LEMONTEY. Monarquía de Luis XIV, p. 433.

(1) LEIBNITZ. Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano, libro IV, c. XVI.

ciega reaccion del catolicismo contra la filosofía. La primera causa de la decadencia moral del siglo XVIII consiste en que declinaban las antiguas creencias. ¿Por qué estalló esa desmoralización en el reino cristianísimo antes que en ningún otro? Porque la Iglesia con su inmovilidad no deja salida alguna al progreso. Por otra parte, hace consistir la religión en cosas exteriores; y cuando se pierde la fe en esa religión, no queda en pie ninguna creencia; y como la moralidad no tiene más apoyo en las poblaciones católicas, tras la ruina de aquellas viene la desmoralización. Pero el remedio sale del mismo mal. El siglo XVIII prepara una nueva era religiosa: la Revolución tiene también esa tendencia, y hasta en ese concepto es la aurora del porvenir. Así lo demostraremos en la continuación de estos Estudios (1).

N.º 2.—Las dos escuelas.

No pretendemos eximir á los filósofos de toda responsabilidad en los errores de la Revolución. Órganos de la libertad de pensar, han influido sobre los sucesos por medio del pensamiento. ¿Ha sido siempre esa acción saludable en todo? ¿Ó ha contribuido la filosofía á extraviar á la Francia del 89 y del 93? Hemos dicho que hay una doble tendencia en la Revolución: hay una escuela que pide la libertad y que entiende por ella los derechos del hombre; también reclama la soberanía del pueblo, pero es como garantía política y para asegurar mejor la libre actividad del individuo. Hay otra escuela que escribe igualmente la libertad en su bandera; pero para ella la libertad consiste en ser soberana: la confunde á sabiendas con la igualdad, y para conquistarla no retrocede ante el sacrificio de los derechos individuales ante la nación ó el Estado. Esas dos tendencias se encuentran también en la filosofía. La primera es la de Montesquieu, de Voltaire y de sus discípulos. La segunda procede especialmente de Rousseau y de Mably. Cierzo es que la una es bienhechora, mientras que la otra conduce casi fatalmente al despotismo (a).

(1) Véase la parte décimacuarta de mis Estudios sobre la historia de la humanidad.

(a) Tampoco aquí puedo estar conforme con Laurent: entiendo todo lo contrario. Él quiere atribuir á los volterianos todos los bienes de la Revolución y declinar sobre los demócratas, es decir, sobre Rousseau y Mably, todos los extravíos y aberraciones de aquélla. Pues sostiene en eso lo contrario de

Hay que decir, por consiguiente, que había en la filosofía un germen funesto que, sin quererlo los libres pensadores, arrastró la Revolución al abismo en que se perdió.

Hemos dicho que tal es el espíritu de la escuela de Rousseau, sin que tenga conciencia de ello. ¿Quién ha idolatrado la libertad como Rousseau? Sin embargo, esa falsa libertad que se llama soberanía é igualdad ha sido el mal genio de la Revolución, y es siempre para la Francia una de esas luces engañosas que atraen á los viajeros para extraviarlos. Esto quiere decir que la causa profunda del mal no está en un escritor. ¿Los Franceses habían leído todos el Contrato social? ¿Era aquel el Evangelio que se enseñaba en las escuelas? El grande escritor comunicó el encanto de su estilo á tendencias y aspiraciones que eran las de la raza francesa; tal fué la causa de su poderosa influencia. Se engañó, ayudó á extraviarse á los revolucionarios; pero los Franceses se engañaron con él, y aún hoy millares de demócratas se engañan como él, sin saber otra cosa más que su nombre, si es que lo saben (a). Rousseau es culpable, pero tiene por excusa el genio de una nación, de la cual, después de todo, no ha sido más que el órgano.

Esto es tan cierto, que la misma escuela filosófica relacionada con Montesquieu y con Voltaire está imbuida de las falsas ideas que extraviaron á Rousseau y después de él á la Revolución. Se ha culpado á Voltaire por las adulaciones que prodigó á los príncipes; la palabra no es exacta; si incensaba á los reyes no era para adularlos, era para hacerlos instrumentos de sus ideas. Pero ¿para qué llamaba en su auxilio á la monarquía? Si hubiera tenido conciencia de la verdadera libertad, no hubiera buscado auxiliares en los tronos, porque no son los reyes los que pueden hacer libres á los hombres; es en las profundidades de nuestra personalidad donde se encuentra la raíz de nues-

la verdad. Antes lo he dicho: los hebertistas y termidorianos eran los volterianos. La grandeza en las aspiraciones, la pureza en la conducta, el verdadero patriotismo estuvieron siempre en los fieles discípulos de Rousseau y de Mably. Los descreídos volterianos tenían más odio á los creyentes demócratas que á los realistas y á los jesuitas, y en odio á aquéllos transigieron con éstos y cayeron en sus redes.—(N. del T.)

(a) En nuestro país se dice: «Que una mano lava la otra y las dos lavan la cara.» Se engaña Laurent: los demócratas saben hoy á qué atenerse, y quieren, como Rousseau, la libertad, la igualdad ante el derecho y la garantía indispensable para no dejarse arrebatar ó mixtificar aquellos inmensos bienes.—(N. del T.)

tros derechos; allí es donde hay que ir á tomar el conocimiento de ellos, y sólo por nuestra energía individual (a) debemos conquistar la libertad que los asegura. ¿Qué tienen de común esos esfuerzos con la monarquía? En realidad, en Voltaire, como en los revolucionarios, había lucha entre el espíritu de libertad y el espíritu de igualdad ó de soberanía, y muy frecuentemente la influencia de raza se sobrepuso á la inspiración de la filosofía ó á la autoridad de una tradición extranjera. No dirémos nosotros, con un ilustre escritor, que Voltaire no tenía amor á la libertad (1). Lo que prueba que la amaba es que se entendía mejor con los reyes, sus amigos, desde lejos que desde cerca. Después de haber hecho la prueba de la libertad de que gozaban los libres pensadores en la corte de los príncipes filósofos, renunció para siempre al oficio de cortesano y se hizo rey en sus dominios, como uno de esos barones feudales que anidaban con las águilas, y vivió realmente libre en Ferney.

De todos modos resulta que en los escritos de Voltaire, al lado del amor á la libertad, hay aspiraciones bien diferentes. Había en el régimen feudal un germen de instituciones libres que Voltaire no había apercibido; lo que llama su atención exclusivamente es la desigualdad que pesa sobre las clases inferiores, y escribe sobre ello estas palabras que un demócrata podría firmar: «Los Bárbaros que desde las orillas del mar Báltico cayeron sobre el resto de Europa trajeron con ellos el uso de los estados ó parlamentos con los que se hace tanto ruido y que son tan poco conocidos. Los reyes entonces no eran despóticos, es mucha verdad; mas precisamente por esa razón gemían los pueblos en servidumbre miserable.» (2). De ahí á aplaudir el despotismo real, porque es favorable á la igualdad, no hay más que un paso. Voltaire continúa: «La mayor parte de los hombres eran en Europa siervos de un señor, especie de ganado que se vende y se compra con la tierra. Se han necesitado siglos para hacer justicia á la humanidad, para sentir que era horrible el que el gran número sembrase y el pequeño número recogiese. Y ¿no es una dicha para los Franceses el que la autoridad de esos pequeños bandidos haya sido destruida en

(a) Y colectiva.—(N. del T.)

(1) TOCQUEVILLE, *el Antiguo régimen*, p. 241.

(2) VOLTAIRE, *Cartas sobre los Ingleses*, IX (t. XXIV, p. 38).

Francia por el poder legítimo de los reyes, como lo ha sido en Inglaterra por el del rey y la nación?»,

Voltaire escribió esas líneas en Inglaterra y en una carta sobre los Ingleses en que trata del Parlamento. No sospechaba siquiera que los Ingleses debían su libertad al espíritu que animaba á los pequeños bandidos; no sospechaba que si la Francia llegó á ser una monarquía absoluta fué porque los reyes consiguieron ahogar el espíritu de independencia de los barones feudales (a). El amor de la igualdad no le dejaba percibir el reverso de la medalla. Tenía razón en detestar la aristocracia opresora de la Edad Media; pero ¿era preferible el despotismo real de Luis XV? En la ruda desigualdad del régimen feudal había, por lo ménos, un germen de libertad que se desarrolló en Inglaterra y que dió frutos preciosos que el mismo Voltaire envidiaba, mientras que el régimen igualitario de la Francia condujo á la catástrofe del 89, admirable movimiento, pero que no fundó la libertad, porque la nación la buscaba donde no se encuentra, en la igualdad y en la soberanía (b).

Esa misma tendencia existía más señaladamente que en Voltaire en una escuela de economistas. Quesnay y sus amigos no eran partidarios de las asambleas deliberantes, y ¡cosa singular! preconizaban la libertad del comercio y de la industria: *dejad hacer, dejad pasar*, tal era su máxima favorita; pero no la aplicaban á las relaciones políticas. Los economistas tenían una alta idea de los derechos del Estado, demasiado alta, porque reconocían en él la omnipotencia con tal de que se conformase con su doctrina: «Es necesario que el Estado proceda según las reglas del orden esencial, dice uno de aquéllos, y cuando así lo haga es preciso que sea omnipotente.» «Que el Estado comprenda bien su deber, dice otro, y entonces que se le deje libre.» Los economistas prefieren un príncipe absoluto á un gobierno compuesto de partidos como era el de Inglaterra: «La situación de la Francia, dice Letronne, es infinitamente mejor que la de Inglaterra, porque aquí se pueden verificar en un momento todas las reformas que cambian el estado de un país, mientras que en Inglaterra esas reformas pueden ser siempre estorbadas por los partidos.»

(a) Esto sí que es confundir los fueros y las libertades municipales con el feudalismo.—(N. del T.)

(b) La buscaba donde al fin la ha encontrado.—(N. del T.)